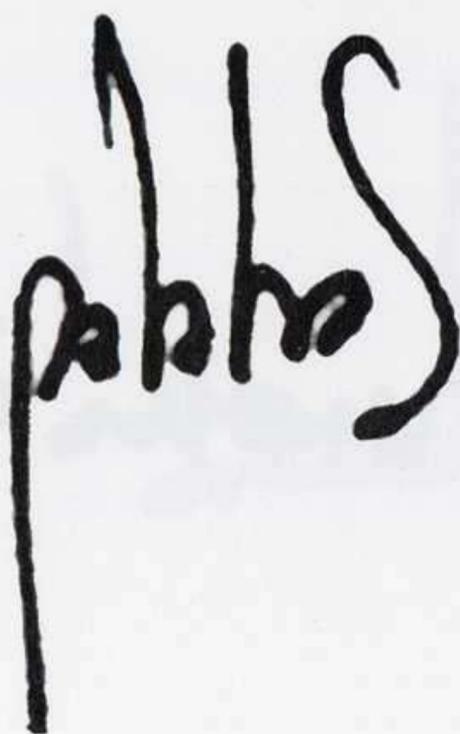


EL GADITANO IMPASIBLE

Antonio Soler

A handwritten signature in black ink, appearing to read 'Antonio Soler', written in a cursive, stylized script.

Quizá la calma le venga de la tormenta de los versos, del tormento de la sintaxis. La primera vez que vi a Felipe Benítez Reyes fue hace doce o trece años en un tumultuoso local de Sevilla, una reunión de presuntos intelectuales. En medio del escándalo me sorprendió la serenidad de su voz. Luego vinieron la amistad, los ciclos, las noches, otras ciudades, otras complicidades. Y en todos estos años siempre ha estado ahí, a flor de piel, su serenidad. Serenidad en la palabra, en el movimiento y en el pensamiento. En medio del gallinero literario esa armonía se subraya y es mérito doble, sobre todo si, como es el caso, va acompañada con la navaja de la ironía.

Es el viejo marino que no se altera por una tormenta mediterránea. Ha pasado el Cabo de Hornos con la frágil chalupa de unos versos. Ha salido vivo de demasiados ciclones, allí, en lo hondo de sí mismo, enfrentado al misterio de los sueños, fabulando novelas, atrapando en el aire el relámpago de un poema. Ahí es donde Benítez Reyes se altera, corre y combate. Una palabra puede ser una trinchera; un verso, un golpe de mar. En la sentina de ese barco, en sus libros, quedan el fuego y la ansiedad, las dudas y los miedos. Nosotros lo vemos siempre de regreso de la batalla, calmado después de la soledad y el estruendo. Es Felipe, el conocedor de tantos muelles y travesías, el gaditano impasible.